

Tanguera

La puerta se cerró detrás de sí y Eva se escapó del mundo. La covacha no era para nada disfrutable, pero la aislaba del mundo y eso era suficiente. Para expresarse estaba el escenario, cualquier demostración de sentimientos terminaba con el último chan chan de la función.

Sus tacos aguja ya dormían bajo la mesa guardados en su caja de cartón. Ella, tirada sobre el catre, pitaba el último faso del día y en la radio sonaba Gardel. Era una noche llena hastío y calurosa. Eva, como sucedía cada dos por cuatro, lloraba en silencio su soledad. Desde que se había mudado a ese cuchitril, aprendió a llorar sin hacer ruido. Así el inquilino de al lado no tiraba el zapato contra la pared y se evitaba el tener que escuchar el ruido explosivo y en cimbrar de las chapas que sostenían el sonido como un eco.

De chica había soñado con bailar tango. Buscando cumplirlo había llegado hacía cinco años a la Capital. No fue fácil formar parte del cuerpo de baile del Tabaris de la calle Corrientes. Porque no quiso mostrar las gambas en la puerta de un burdel. Del trabajo a la casa, así de simple y lo logró. Era diminuta y frágil, pero sabía defenderse cuando alguno la seguía de camino a su casa por esas calles adoquinadas y con luces escasas.

«Tortilla», le gritó más de uno, con la sangre en el ojo par ser rechazado. Y hacía visible el agravio tirando piedras a la entrada del conventillo.

Lo cierto es que Eva anduvo un tiempo con un morocho de Barracas que la había dejado por otra. Nunca se quejó. Ella sabía que era por su forma de ser. Pero era difícil que algo la hiciera cambiar. Entonces, luego de llorar soledades en alguna que otra noche, se convencía de que su vida era mejor así.

Cuando cesaba la angustia, Eva se abstraía mirando la mancha mohosa que nacía en los pies de su cama y se extendía hasta el techo. Cambiaba de color con el tiempo. Igual que la virgencita que, el susodicho le había traído de Mar del Plata y de la que no se había deshecho por nunca se arrepintió de nada que hubiese hecho.

Sintió unos pasos apurados en el pasillo. Silencio y el llanto después. Golpearon a la puerta y, al abrir, lo único que vio fue una caja de cartón cubierta con una manta celeste.

Miró para ambos lados del pasillo y no vio a nadie. El farol estaba roto y la oscuridad resaltaba la distante sonrisa de la luna. Sacó al pibito de la caja. Lloraba ruidoso, como una queja de bandoneón.

«Hermana, es tuyo, yo no puedo hacerme cargo, tengo seis.», decía la nota.

—No te preocupes, estará bien —dijo Eva aunque sabía que no la escuchaba.

Sospechó de quien era la madre. Tuvo certeza cuando vio hacia un balcón del otro lado del pasillo y dos pisos por encima. Una silueta de mujer se traslucía a través de la cortina. No se conocían

El niño seguía llorando. El golpe seco de la suela contra las chapas la indignó como tantas veces. Y como nunca, salió de la pieza, golpeó la puerta del de al lado y le cantó las cuarenta al pelonfai.

Volvió al cuartito. Puso al mango el volumen de la radio. Y con Gardel sonando y Carlitos en sus brazos, le sacó virutas a las endebles tablas del piso.